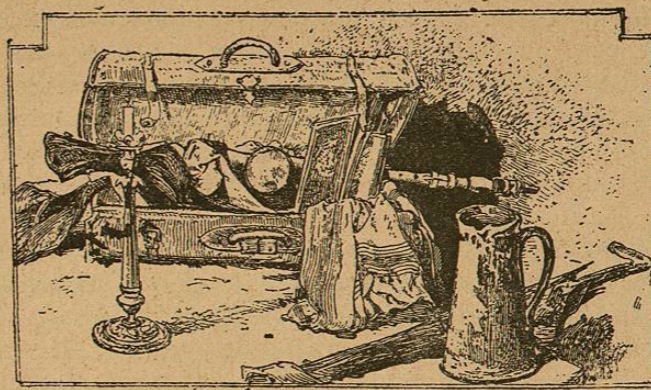
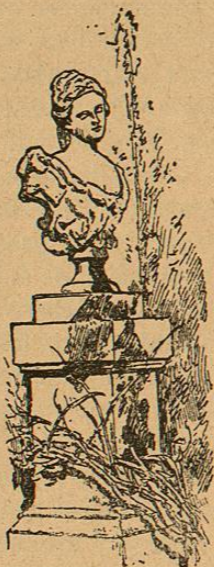


cobinos. Fué muy bien acogido, á pesar de las reclamaciones de muchos representantes. Lo que fué más grave, tanto al menos como la petición, es que Santerre, viendo que los exaltados triunfaban, vomitó contra la Asamblea palabras de hombre ebrio: «Yo ya lo avisé, hubieran podido entenderlo por que tienen las orejas muy largas... Que se marchen al Mediodía donde se les pondrá los estribos... He aquí un hombre á quien se le confió el orden y la seguridad publicas.

Robespierre, afortunadamente para él, no había profesado la doctrina del equilibrio; habiendo hablado otro, él estaba á tiempo de pactar con los exaltados y volver sobre sus pasos. Nosotros lo veremos, en efecto, en el proceso de Luis XVI, apoyarse sobre la Comuna, renovada y fanatizada, y finalmente en su combate con la Gironda recurrir á la fuerza anárquica, que en su primer movimiento había querido reprimir.



CAPITULO IV

*Continuación de la historia de los Jacobinos. Robespierre
(fin del 92)*

Los Jacobinos del 92 son la tercera generación que ha llevado aquel nombre.—Esfuerzo de Robespierre para disciplinarlos.—Austeridad creciente de sus hábitos.—Robespierre establecido entre la familia de un carpintero hacia el fin del 92.—Su desconfianza y su acritud crecientes.—Marat le recrimina asegurando que se inclina hacia la inquisición.—Sus virtudes y sus vicios lo convierten en hombre despiadado.—Los Jacobinos hacen temer un nuevo desastre de la misma Convención.—Cambon decide á la Convención á que sostenga en París á los federados.—(10 Noviembre 92).

¿La ventaja obtenida por los exaltados sobre Robespierre en el seno de la sociedad jacobina es un azar, un movimiento de ceguera, inconsciente, como en todas las asambleas? ¿Significa desconfianza para Robespierre que siente impacientes vehemencias por manumitir su autoridad moral? No es ni una cosa ni otra; es el efecto de un cambio grave y esencial en el fondo mismo de la sociedad jacobina.

Continúan llamándose *Jacobinos*, pero bajo esta nominación generalmente hay otros seres.

Entra en la sociedad una tercera generación. Ha habido el jacobinismo parlamentario y nobiliario, de Duport, Barnave y Lameth, el que mató á Mirabeau. Ha habido jacobinismo mixto, de periodistas republicanos, orleanistas, Brissot, Lacroix, etc., etc., en el que ha prevalecido Robespierre. Finalmente, esta segunda legión, habiéndose como fundido en el 92, con sus misiones diversas, su administración, da vida al tercer jacobinismo, al de Couthon, Sain-Just, Dumas, etc., etc., y el cual debe usar Robespierre.

Esta tercera legión, convocada en algún modo con el nombre de legalidad, difería mucho de las otras dos. Por lo pronto era más joven. Después la mayoría era gente poco letrada, como el carpintero Duplay,

el sillero Rigueur, etc. Estos apreciables ciudadanos, excesivamente apasionados, pero generalmente honrados y honestos, tenían una fe acendrada, dócil. Profundamente fanáticos de la salud de la patria, confesando su ignorancia, no deseaban más que un jefe, un director; hacían falta un hombre honrado, de profundas convicciones, que supiera aprovecharlos: finalmente, pusieron su conciencia en las manos de Robespierre.

Eran, si no me equivoco, más ingenuos y más apasionados, menos fríos y menos penetrantes que el pueblo de hoy. Cuando le convenía al jefe que su pensamiento llegase indirectamente (como se hizo con Couthon) podía realizarse en la seguridad de que no comprenderían nada. Tan alta colocaban la santidad política de Robespierre, que frecuentemente creían en el deber de ahorrarle el rigor de tal ó cual medida que imponía la soberana ley de la salud pública, por temor á que sufriese su corazón ó la pureza de su carácter. Si necesitaba practicar algún intento maquiavélico preferían hacerlo ellos solos, lejos de Robespierre, para que no se gastase su impecable figura, fuera ó no este intento con arreglo á la política palpitante predicada por él. No hacía falta quien los desviara de esta forma, llevándoles aún más allá que Robespierre; gente de letras de la peor especie, artistas adolescentes famélicos que jugaban con su candidez.

El fanatismo sincero, poco explorado de unos, la violencia verdadera ó simulada de otros, rivalizando todos por montar más pronto en cólera patriótica, hacía á la sociedad (á pesar de su aparente régimen disciplinario) difícil de manejar. Frecuentemente se extralimitaba. Robespierre aprovechó el terror de Septiembre para hacer las elecciones de París. Conveníale mucho que la Convención conservara aquellos restos de terror que la convertía en enemiga del motín, más aún que el revoltoso partido de los Jacobinos.

El grado de autoridad ó de presión que quería ejercer sobre la Asamblea está bien gráficamente expresado en las palabras que hizo pronunciar al representante Durand de Maillave en las primeras sesiones de la Convención. Cura, canónigo galicano, tímido entre los tímidos, díjole que se sentara á la derecha, al lado mismo de Petion. Robespierre comprendió perfectamente que el pobre hombre tenía miedo á la Montaña y que como tantos otros no tenía más partido que su seguridad. Un amigo de Robespierre atravesó la sala y le dijo: «Creeis que ha terminado la Revolución y os equivocáis. El partido más seguro es el que tiene más vigor y fuerza contra los enemigos de la libertad.»

Para conmover á la derecha, el centro, por amenazas ó dulzuras, por prudentes consejos ó amenazadoras profecías, hablábase del motín y las revueltas. Necesitábase que los Jacobinos, moderados, disciplinados en las violencias, pudieran servir de intermediarios entre la Asamblea y la calle, espantar á la Convención y asegurarla, garantizarla.

Su gran proyecto era, pues, disciplinar á los Jacobinos, cosa muy

difícil, con la invasión de los bárbaros que la sociedad acababa de sufrir. La disciplina política se sujeta poco ó tiende menos á las costumbres de decencia, á pesar de su aparente expresión de condiciones morales. Robespierre, fuere la que fuere la autoridad de sus discursos, nada alcanzaba más que con su ejemplo. Ninguna palabra tenía poder suficiente, pero su conducta personal, su vida conocida, la atmósfera de honradez que lo envolvía, hablaban de moralidad, al menos exteriormente.

En este sentido puede decirse que jamás practicó un acto de su vida privada que no fuera un acto de su vida pública. Los discursos significan la menor parte de su influencia. La muda impresión de una personalidad tan fuertemente arraigada era mucho más eficaz.

Toda la vida de este hombre fué un trabajo de cálculo, un esfuerzo, una tensión no interrumpida de la voluntad. Aunque haya variado de un modo notable, como se verá, en sus costumbres y sus principios, sus variaciones fueron estudiadas, no ingenuas, de suerte que aun evolucionando fué sistemático, se presenta en una pieza.

Nadie ha podido ordenar su vida más afortunadamente en purificación progresiva de sus costumbres. Llegado á la Constituyente y por la amistad de los Lameth sintió y tocó en esta sociedad de jóvenes nobles la corrupción del tiempo. Puede ser que aún siga á su maestro, el Rousseau de las *Confesiones*. Sepárase á tiempo. El *Emilio*, el *Vicario saboyano*, el *Contrato social* lo elevaron y ennoblecieron; así fué siempre Robespierre. En sus costumbres jamás descendió.

Lo vimos el mismo día de las matanzas en el Campo de Marte (17 Julio 91) cobijarse en la casa de un carpintero; un afortunado azar lo quiso así; pero él volvió en sí, medió y vió que en nada parecía aquello un azar.

Al regreso de su triunfo de Arras, después de la Constituyente, en Octubre del 91, se alojó con su hermana en un departamento de la calle de Sain-Florentin, calle distinguida, aristocrática, de la que los nobles habían emigrado.

Carlota de Robespierre, de un carácter rígido y duro, tenía en su primera juventud actitudes y refunfuños de vieja; sus gustos, sus inclinaciones eran exactamente las de la aristocracia de provincias. Robespierre, más fino, más femenino, tenía en su semblante no menos rígido, en la dureza de su aspecto, un aire de distinción aristocrática parlamentaria. Su palabra era siempre noble, aun en la familiaridad, sus predilecciones literarias nobles y elevadas: Racine, Rousseau.

No ha sido miembro de la Legisladora. Rechazó el cargo de acusador público, porque según él dijo, habiéndose pronunciado violentamente contra los que se perseguía, lo hubieran podido recusar como enemigo personal. Así se suponía que realmente Robespierre al no aceptar el cargo era por sentir repugnancias hacia la pena de muerte. En Arras se decidió á abandonar su plaza de juez de la Iglesia. En la Asamblea Constituyente se declaró contra la pena de muerte, contra la ley mar-

cial y toda medida violenta de salud pública, por que repugnaba á sus sentimientos.

En este año, de Septiembre del 91 á Septiembre del 92, Robespierre, fuera de las funciones públicas, sin misión ni otra ocupación que las del periodista y miembro de los Jacobinos, apareció poco en el teatro de los sucesos. Los girondinos brillaban por su acorde perfecto con el sentimiento nacional en la cuestión de la guerra. Robespierre y los Jacobinos adoptaron el partido de la paz, tesis esencialmente impopular, que les causó grandes perjuicios. Sin ninguna duda en esta época la popularidad del gran demócrata no tenía necesidad esencial de fortificarse y rejuvenecerse. Había hablado mucho, se había prodigado durante tres años, ocupando y fatigando la atención; finalmente obtuvo un triunfo y su corona de laurel. Era de temer que el público, ese rey, caprichoso como un rey, fácil de estrechar, cansado de Robespierre, fijara sus miradas sobre algún otro favorito.

La palabra de Robespierre no podía cambiar; no tenía mas que un estilo; podrían cambiar solamente su teatro, su *mise en scene*. Hacía falta una máquina; Robespierre no la buscó; vino á sus manos en cierto modo. La aceptó, la examinó y sin duda alguna creyó que era providencial, afortunada: la de alojarse en la casa de un carpintero.

La *mise en scene* entra por mucho en el teatro revolucionario. Marat lo sentía instintivamente. Pudo muy cómodamente quedarse en su primer asilo, el espacioso granero del matarife Legendre; prefirió sin embargo la lúgubre caverna de los cordeleros; este retiro subterráneo donde sus incendiarias palabras hacían erupción todas las mañanas, como un volcán desconocido, atraían su imaginación; debía seducir la del pueblo. Marat, muy imitador, sabía perfectamente que en el 88 el Marat belga, el jesuíta Feller, adquirió gran popularidad por haber elegido domicilio á cien pies bajo tierra en el fondo de un pozo de hulla.

Robespierre no imitó á Feller ni Marat, desde luego, pero aprovechaba todas las ocasiones para imitar á Rousseau; de poner en práctica el libro que imitaba en sus palabras, de copiar el *Emilio* tan pronto como pudiera.

Estuvo enfermo en la calle de Saint-Florentin, enfermo de sus fatigas, enfermo de una inacción nueva para él, enfermo de su hermana, cuando madama Duplay hizo á Carlota una espantosa escena, por no haberla advertido de la enfermedad de su hermano. Madama Duplay no se marchó sin llevarse á Robespierre, que se dejó conducir de muy buen grado.

Lo instaló cerca de sí, á pesar de lo menguado del local, en una habitación alta con los mejores muebles de la casa, un bonito lecho azul y blanco y algunas sillas. Sobre unos listones de abeto colocaba los libros, poco numerosos del orador; sus discursos, informes, memorias, etcétera, etc., muy numerosos, llenaban el resto. Salvo Racine y Rousseau, Robespierre no leía más que á Robespierre. En los muros la ma-

no apasionada de la señora Duplay había suspendido imágenes y retratos que tenía de su dios. No podía volver la cabeza para evitarse á sí mismo: á derecha é izquierda Robespierre, siempre Robespierre. La más hábil tapicera política no hubiera podido arreglar un aposento tan propio como lo hizo el azar. Si no era una cueva como el teatral alojamiento de Marat, la pequeña sala tétrica y sombría valía tanto como una cueva. La casa cuyas verduscas tejas atestiguaban la humedad, como un jardinillo sin aire que poseía á la otra parte, parecía como ahogada entre las aristocráticas y gigantescas mansiones de la calle de Saint-Honoré, barrio mixto en aquella época de nobles y banqueros. Más abajo encontrábase los principales hoteles de la manzana y la espléndida calle Real, con los odiosos recuerdos de los 1.500 ahogados del matrimonio de Luis XVI. Más allá estaban las casas de los hacendados generales de la plaza de Vendome, bastidores de las miserias del pueblo.

¿Cuáles eran las impresiones de los visitantes de Robespierre, sus devotos, los peregrinos, cuando en este barrio impío, donde todo hería la vista iban á contemplar al justo? La casa predicaba, hablaba. Desde el umbral, el aspecto pobre y triste de la habitación, la covacha, el cepillo, el suelo todo le decía al pueblo: «¡Aquí vive *el incorruptible!*» Si subían la casa les encantaba más. Pobre, laborioso, en las tablas de abeto veíase el trabajo infatigable de Duplay, su honradez perfecta, una vida entregada al pueblo enteramente. Allí no había los golpes teatrales y fantasmagóricos de Marat lanzándose en su cueva, maniático, variable de palabra y *mise*. No había nada caprichoso; todo honesto, todo serio. Todo respiraba ternura. Creíase haber visto por primera vez la mansión de la virtud. Obsérvese que la casa bien mirada, no parecía la de un obrero. El primer mueble ya lo revelaba. Era un clavicordio, instrumento raro entonces aun entre la burguesía. El instrumento dejaba adivinar la esmerada educación que las señoritas Duplay habían recibido en un convento vecino, al menos durante algunos meses. El carpintero no era precisamente carpintero, si no contratista del maderamen para barcos. La casa, aunque pequeña, era de su propiedad.

Todo esto tenía dos aspectos; de una parte aparecía el pueblo; en la otra no existía. Ha sido si se quiere el pueblo laborioso elevado recientemente, por sus esfuerzos y su trabajo, á una modesta burguesía. La transición era visible. El padre buen hombre, fogoso y rudo y la madre de una poderosa fuerza de voluntad, los dos llenos de energía, de amor, son gente del pueblo. La más joven de sus cuatro hijas tenía caprichosos anhelos. Las otras se diferenciaban, especialmente la mayor, que los patriotas llamaban con respetuosa galantería señorita Cornelia. Esta decididamente era una señorita; comprendió á Racine cuando Robespierre hubo hecho algunas lecturas en familia. Tenía una gracia de fiera austeridad, lo mismo cuando ayudaba á lavar á su madre que cuando arrancaba sonidos al clavicordio.

Robespierre pasó allí un año, lejos de la tribuna, escritor y perio-